

Sobre el relato de la socialdemocracia

Clases medias, ética pública y política de las izquierdas

Manuel Alcaraz

*Cuando el rojo se apague torceremos
a la derecha,
hacia los barrios bien establecidos.*

(Jaime Gil de Biedma, «De aquí a la eternidad»)

Este artículo tiene su origen en la presentación que hice de *Desde la margen izquierda*¹ en Alicante. Es esta, pues, una buena ocasión para agradecer a Joaquín Azagra y a Joan Romero que confiaran en mí en ese acto, y tanto más cuando ya lo hicieron para la presentación de su anterior obra.² También es justo agradecer a Publicacions de la Universitat de València (PUV) que nos facilite textos como estos: no es casual que su prestigio crezca día a día: es un ejemplo para toda la universidad española, que, demasiado a menudo, se deja avasallar por extrañas consideraciones y relega sus publicaciones a lo marginal, profundizando también así en aislamiento de la Universidad del resto de la sociedad.

Uno diría que nuestro País Valenciano tiene algo de mágico o, al menos, que oculta un secreto. El País fue perplejo en los albores de la Transición y, con los años y una dudosa madurez, se ha tornado complejo, adquiriendo una suma de atributos no siempre clarificadores pero sí expresivos de nuestra propia dificultad para explicarnos: vanos intentos de decirnos cómo somos y cómo queremos que se nos contemple. No caeré en la tentación de apurar la broma, pero espero del lector imaginación para que entienda que las *escuchas* policiales y otros documentos complementarios de *nuestros* casos más conocidos de corrupción nos desvelan una regencia de la cosa pública vaga e inquietantemente arcaica, cosa

de gobernantes atrabiliarios y avarientos, apegados al estado de naturaleza de las Tierras Míticas o las Ciudades de la Luz, que, con sus fallidos embelecados de trujimanes, han acabado por convertir la vida política y económica en retablo de incongruencias, en sombra penetrante en la que solo de vez en cuando penetra la certidumbre para *desfacer entuertos* o, al menos, para avisar a la aturrida concurrencia de que el espectáculo está por concluir. Lo de menos, intelectualmente, es si los extraños habitantes del entablado dan con sus huesos en la mazmorra o acaban trabajando en las benditas aulas de universidades católicas: los caminos del perdón son extraños. Sea como sea, este libro, retrato de esa época, se inscribe, a su pesar, en el género de la *saga* por la continuidad de sí mismo en la observación de estas oscuridades crepusculares, de estos vampirismos que no resisten la luz pública y que obligan a repensarnos con una languidez de piel y de espíritu que nunca nos temimos en las fulgurantes tierras mediterráneas. Van Helsings al elegante modo socialdemócrata, los autores salen de nuevo al campo, a horas tardías, por ver de calmar miedos y establecer cordura con sus instrumentos ceremoniales: la palabra y la razón. Una anécdota: sin saber que el libro estaba prácticamente concluido, y con motivo de una conferencia³ a la que fui invitado por el Institut d'Estudis Catalans, incluí en el texto escrito una explícita incitación a la continuidad de *País complex*, a su actualización en las nuevas condiciones socio-económicas sin saber que la obra ya había sido acometida. Anda la grey académica tan desasistida de buenas noticias que por poco no tuve por prodigio esta sorpresa.

Es el libro que comento, pues, la razón de estas líneas, pero tampoco pretendo acometer una reseña al uso sino, en todo caso, dialogar con él y, al hacerlo, invitar a su lectura, a su meditación crítica. Y es que nos encontramos con una obra magnífica, que para el lector culto e interesado será imprescindible para comprender lo que nos ha pasado y lo que nos está pasando. Y aun lo que nos puede pasar. Al fin y al cabo la obra encierra, sutilmente, un metamensaje: las condiciones de reproducción del régimen político y económico, de la santa alianza del ladrillo y la gaviota, han requerido de grandes dosis de ignorancia social, la misma que permitía súbitos enriquecimientos económicos y fugaces quiebras políticas. Ese oscurantismo ha tenido su reflejo especular en amplios sectores de la izquierda mayoritaria, incapaz de establecer vínculos entre la realidad social y la evolución electoral y más dada a usar de un pensamiento banal que reduce las difíciles relaciones entre lo cívico, lo ético y lo institucional a maldades congénitas o bondades tan angélicas como falsas e inoperantes. Desde esta perspectiva quiero insistir en que la procedencia y la trayectoria biográfica de los autores es también una advertencia precisa: prueba que existen los mimbres para que no estemos condenados a la esterilidad intelectual, aunque dinámicas minuciosamente engrasadas han facilitado el triunfo de la mediocridad a base de maximizar las fuerzas centrífugas de algunos aparatos políticos, menos dados a las lecturas que a los lamentos.⁴

No es casualidad que, precisamente, en el mismo libro se aborde, con exactitud y profundidad, la situación de una formación social concreta –la valenciana–, de su marco de referencia –la hispano-europea– y de los instrumentos de mediación –la crisis de la socialdemocracia–. El mismo título, con su referencia fluvial, me trae a la memoria una afortunada y conocida proposición de Ernst Bloch, cuando reivindicaba una visión de la izquierda como río que, para ser fructífero, debía lograr un equilibrio entre dos corrientes: una *fría* –la indignación ante la injusticia– y otra *cálida* –el estudio, la investigación, que permite comprender para cambiar aquello que indigna, las causas mismas de lo injusto–. La alegoría, con su carga de didáctica marxista, nos previene sobre atajos utópicos y nos recuerda, en tiempos de ingeniosidades, que la investigación teórica *vuelve* a ser imprescindible cuando el presente aparenta que se detiene y que los despuntes de resistencia solo precisan de arbitristas que bordan soluciones mágicas en cada mensaje de *facebook*.

Y ese mismo hecho, esta reivindicación de lo reflexivo, conecta con otras consideraciones del libro: si las protestas son imprescindibles porque hay que defender de las agresiones al Estado social y democrático, no bastan para resituarnos en la Historia para mirar hacia adelante. Esta es una constante del ensayo: la necesidad de un pensamiento dialéctico que relacione activamente la salvaguarda del Estado del bienestar con la construcción de alternativas fiables y posibles a su derrumbe práctico y a los himnos neoliberales que jalean sus desdichas e insultan a los humillados en el proceso. O, si se prefiere: el libro es una defensa racional e inteligente –*ilustrada*, en fin– de la necesidad de construir alternativas creíbles y fiables. El que el libro –y el que le precedió, así como otras aportaciones de los autores– se haya difundido y sirva de lectura y punto de análisis en muchos sectores es, por ello, un motivo sensato para la esperanza. Y a ello debe contribuir que huye de cualquier oscuridad estilística: muy bien escrito –algo particularmente difícil cuando se redacta *a dos cerebros*–, la lectura es amena sin caer en las facilidades de algunos que confunden la divulgación con la catalogación de tópicos.

Sus argumentos, como dije, viajan desde al País Valenciano a Europa, y regresan. Es la única perspectiva válida para las pretensiones explícitas de sus autores: poner en el campo de mira la realidad valenciana –analizada con un acopio de datos impresionante– en relación con procesos de más largo alcance, espacial y temporal, que nos permite apreciar aquello en lo que somos iguales a otros, que no es poco. Pero también las diferencias, las peculiaridades y, en muchos casos, las agravantes de derivas indeseables. Hace muchos años que deje de creer en los lamentos de los que pedían que fuéramos un «pueblo normal», porque, creo, en realidad no hay pueblos normales, o todos los son. Al fin y al cabo hay que recordar que la política o la economía son materia de seres humanos y no de ángeles. Cualquier platonismo, cualquier anhelo de perfección absoluta, conduce necesariamente a la impotencia. Por eso me gusta que en el libro no haya recetas

mágicas y que sea espejo y no espejismo. La imagen que recibimos no es, ciertamente, grata. Pero mejor eso que no vernos. La imagen que se refleja, en fin, nos cuenta una historia larga, complicada. Dibujada en un rostro, el nuestro, lleno de contrastes, de matices, de incitaciones, de tantos deseos como frustraciones.

Este tono analítico recorre casi todo el libro, aunque se sitúa, sobre todo, en los apartados iniciales. Pues tras esa parte más descriptiva, hay otra con otro hilo conductor: la crisis de la socialdemocracia y sus posibles salidas. El libro es, así, *militante* o, mejor, *comprometido*, porque, desde luego, no acoge sectarismos ni muestra una confianza ciega en las capacidades de autorreproducción de un modelo que, precisamente, no colma las expectativas de la ciudadanía. La justificación última de la obra, por ende, es esa crisis, presentada como una crisis dentro de otra crisis, la socioeconómica, que todo lo ve, que todo lo castiga. Y sea la primera constatación al respecto que entre ambas se establezcan relaciones complicadas. Y así el libro avanza, como decía, por una senda más propositiva, una auténtica agenda de las cuestiones que deben cambiar para que el *relato de la socialdemocracia* torne a ser tan atractivo como comprensible. Aunque también planea que ese relato no puede seguir siendo el heredado del pasado. Por lo tanto más correcto que hablar de «el relato» es hacerlo de «un relato». El texto concluye con un capítulo adecuadamente titulado «De vuelta a casa. Un largo e incierto epílogo valenciano» que, me parece, expresa la sensación de que, de regreso a Ítaca, no siempre Ulises encuentra aquello que más le gustaría. Pero en ese lamento no se detienen Azagra y Romero. No parecen muy dispuestos a permitirse el lujo inútil de la melancolía.

Porque su aportación rehúye el mayor de los peligros que, desde que manifiesta sus intenciones le acecha: no se desliza a un esterilizante pesimismo. Conscientes los autores de que los tiempos y el lugar no están para celebraciones, tampoco caen en la trampa de la desesperanza. Incluso sitúan en un lugar preponderante de la reflexión la necesidad de recuperar un cierto orgullo de ser valencianos. Diría que esto último no lo consiguen, pero tampoco debería nadie tenérselo muy en cuenta.

Dicho todo esto me voy a permitir expresar tres reflexiones concretas que el libro me ha suscitado, sin renunciar a formular ciertas perplejidades que no deben entenderse como divergencias absolutas, sino como respuestas a la incitación al diálogo intelectual que ha provocado su lectura.

LA CUESTIÓN DE LAS CLASES MEDIAS Y SU REFLEJO POLÍTICO

Ya en *País complex* aparecía como una cuestión central la de los cambios en las clases medias valencianas, y aquí se prolonga matizando su segmentación, aludiendo a las presiones a las que las somete la crisis. Pero si en la anterior obra sorprendía positivamente la claridad con la que se planteaba la cuestión que, en definitiva, la convertían en esencial para cualquier reflexión desde un pensamien-

to crítico, ahora es imposible tener la misma sensación. Al fin y al cabo se diría que los propios autores muestran dudas razonables sobre las conclusiones de sus análisis. Porque éstos son, desde luego, coherentes e intelectualmente honestos y solventes, pero dejan flotando dos sensaciones:

- Lo que parecía en *País complex* una pieza esencial para apuntalar la estructura de clases –o de de *fracciones de clase*– desde la que debíamos comprender nuestro País, se muestra ahora algo débil. De ello no tienen la culpa Azagra y Romero, que se limitan a avisar de los cambios acelerados en curso. Pero llama la atención que *todos* otorgáramos tanto viso de solidez a los resultados de algunas transformaciones que se han disuelto, en buena medida, en menos de una década. Lo que no deja de ser un aviso sobre la volatilidad de algunas concepciones sobre la complejidad del mundo con las que quisimos fundar nuevas percepciones, justificar muchas intuiciones. Baste recordar un párrafo que caracterizaba la época de *País complex* para compararla con la actual: «la conjuntura és alcista, el creixement innegable, hi ha més ocupació que mai i per copsar el nivel de consum només cal observar qualsevol dissabte uns gran magatzems. Un context més procliu a l'estabilitat que no al canvi, a la seguretat que no a l'aventura, en què difícilment pot quallar un projecte de canvi». ⁵ Ahora, sin embargo, se indica que la crisis se abatió sobre una sociedad que era, ya, más desigual y más pobre. ⁶ Por supuesto esto no es más que un ejemplo y, además, relativamente descontextualizado. Pero, me parece, expresivo del cambio de clima que ha experimentado el País Valenciano de las clases medias.
- A la volatilidad de las estructuras analizadas no le siguen cambios importantes del arsenal terminológico. Y sin embargo intuimos que sería positivo: hay situaciones ingobernables teóricamente en tanto no dispongamos de lenguajes más refinados. La cuestión puede parecer baladí en tiempos de tanto sufrimiento social, pero, precisamente, se revela en toda su intensidad cuando tratemos de establecer algún vínculo entre la desintegración aceleradísima de unas clases medias que parecían hegemónicas en el análisis hace apenas cinco años, y la construcción de discursos políticos que tengan en cuenta ese hecho.

Porque la pregunta, en definitiva, es si, tras la crisis, el concepto mismo de *nuevas clases medias* va a ser operativo. No es este el lugar para abordar en profundidad la cuestión, pero basta recordar que no solo estamos asistiendo a una proletarianización de alguna de esas capas medias sino, sencilla y amargamente, a su envío al paro. Y niveles masivos de *parados de clase media* no deja de ser a largo plazo una contradicción para la que carecemos de instrumental interpretativo. Por supuesto que hay ejemplos históricos en que las clases medias se desmoronaron, arrastrando equilibrios de sociedades enteras. Pero eran *viejas* clases medias

y no *nuevas* fracciones de clase que venían, aparentemente, de hegemonizar, en parte, la dirección económica y los discursos justificadores de la deriva social. No es, pues, una crisis de *prestigio* ni tampoco, únicamente, una traslación a otros sectores de la primacía en la apropiación de riqueza, sino el descubrimiento de un *agujero negro* que había sido ideológicamente ocultado en las políticas de reproducción económica bajo la forma de ignorar el crecimiento galopante de la desigualdad material. ¿Es posible, desde estas premisas, esperar una simple *recuperación* de las clases medias, en especial de las *nuevas*?

Las derivaciones de la cuestión son muy importantes, aunque, básicamente, podemos resumirlas en dos:

- La desintegración acelerada de la hegemonía de nuevas clases medias, ¿supondrá, previsiblemente, un cambio en las tendencias políticas valencianas?
- El tipo de desestructuración que se está produciendo, ¿provocará alguna singularidad, alguna especificidad política en el País Valenciano?

Aunque el libro apunta alguna respuesta, la posibilidad de que los autores sigan observando y meditando seguirá abierta, porque está escrito en una *primera fase* de la misma descomposición a la que se refiere, mientras que la *segunda fase*, en la que nos encontramos, nos permite entender con más nitidez la magnitud plausible de los cambios políticos. Por otra parte, la cuestión es básica para otras reflexiones que se hacen sobre la recuperación de la socialdemocracia.

La respuesta que daré, muy poco ambiciosa, a las dos preguntas es: a la primera, un sí, y, a la segunda, un sí relativo. Creo que la crisis ha alterado ya de una manera radical la estructura de hegemonía de la derecha valenciana, incapaz de mantener activos sus mecanismos de reproducción económica, ideológica y política que permitían que las nuevas clases medias se convirtieran en protagonistas del proceso socio-político. La desestructuración de los aparatos de reproducción ha sido, además, tan acelerada, que, pese a los enormes recursos del PP, lo que en otros lugares es una cierta desafección, aquí es ya una desconfianza masiva: una *implosión* protagonizada por los mismos grupos sobre los que el PP acumuló su hegemonía, como sectores del funcionariado, pequeños comerciantes *transmodernos*, emprendedores seducidos por la economía de lo aparental y, en definitiva, nuevas clases medias que se cohesionaban en la medida en que se sentían copartícipes del *proyecto de prosperidad* que era la columna vertebral conservadora. Dicho de otra manera: ese proyecto, convertido en una manifestación específica del neoliberalismo, no encuentra continuidad que ofrecer para renovar la cohesión. Así pues, segmentos significativos de la base de apoyo del PP no solo se resquebrajan, sino que *pasan a un sordo resentimiento* caracterizado por identificar a la política con la culpa de sus desdichas y esa política, sobre todo, con el PP.

¿Qué significa todo ello en términos electorales? Aún es pronto para saberlo, pero podemos prever un abandono importante de votantes del PP, que se verá paulatinamente agravado por las políticas del Gobierno del Estado. Ello no solo nos lo dicen las encuestas,⁷ sino la dinámica continuada de movilizaciones, no exenta de riesgos: la acumulación de momentos de agitación protagonizados por los sectores más críticos de la izquierda pueden abrir una brecha con protestas de sectores desencantados de las nuevas clases medias en retroceso, cuando lo que *serviría* a un avance de la izquierda en su conjunto sería la convergencia de críticas y demandas. En todo caso las grandes dudas serán el incremento de la abstención y el desvío de voto a UPyD y a expresiones políticas de ámbito local. Porque *una cosa es la derrota de la derecha y otra la victoria de la izquierda*. Y esto, probablemente, es lo que la izquierda valenciana aún no ha advertido. Por así decir, es el *matiz decisivo* que le permitirá gobernar con políticas renovadas o limitarse a gestionar los últimos restos del naufragio mientras la derecha se recompone.

La cuestión, pues, queda ligada al posible voto de centro, dando por sentado que el espacio de centro es el que *corresponde* a la hegemonía de las nuevas clases medias. Rotas estas, ¿qué queda de ese voto centrista? Tengo bastantes dudas sobre la posibilidad de ofrecer una respuesta concreta. Aunque huyamos de todo mecanicismo y de las exaltaciones ideológicas que arreglan el desaguado presente a base de una radicalización arbitraria de las propuestas, lo cierto es que ha llegado el momento de tratar de preguntarnos si no habríamos sobreestimado intelectualmente el concepto mismo de *centro político*, hasta el punto que esa convención habría servido con eficacia a los intereses de la derecha. Más adelante volveré sobre esto.

Queda la otra cuestión: ¿supone todo esto alguna novedad en el País Valenciano? La respuesta que adelanté es que *relativamente sí*; muy relativamente, podría afirmar: es más que posible que el análisis de situaciones en otros lugares nos ofrezca marcos de referencia sobre las reacciones políticas de las nuevas clases medias parecidas, pero no necesariamente idénticas. Aquí, por ejemplo, y es la mejor noticia, no hemos encontrado expresiones potentes centradas en el ejercicio de la xenofobia. De la misma manera, una novedad es la convivencia de dos partidos de la izquierda no socialdemócrata clásica, hasta el punto de que la esperanza de victoria de la izquierda se fragua en esa peculiar manera de adaptación al medio, de tal modo que es más que posible que el voto que recojan Compromís y EU provenga, en buena medida, de parte de esas laminadas nuevas clases medias o/y de sus hijos –lo que sería especialmente revelador–, mientras que el PSPV-PSOE no consiguió en su día captar el voto de esos sectores y ahora tampoco consigue ganar su confianza. Y lo que es peor: tampoco representa, como antaño, a grupos de las viejas clases medias, algo que tan útil sería en esta nueva fase de movilizaciones sociales. Esa posible victoria de una izquierda con un PSOE en minoría relativa frente a sus dos aliados y con menos dinamismo que éstos en sus relaciones con la sociedad sería también una novedad de especial

interés que, por cierto, descoloca cualquier correlación rígida entre recuperación de la socialdemocracia y derrota de la derecha y sus políticas.

SOBRE ÉTICA, POLÍTICA Y LA RENUNCIA A LA SUPERIORIDAD MORAL DE LA IZQUIERDA

Uno de los grandes aciertos de la obra que glosa es su insistencia en los ajustes⁸ que se deben hacer para la reconstrucción de una *izquierda posible*. Esto ofrece un tono de realismo que no solo hace creíble el conjunto de las reflexiones, sino que permite que los análisis de las propuestas sean igualmente eficaces, pues no resbalan por la ambigüedad habitual entre políticos que confunden los deseos con el programa. Entre estas apelaciones aparece la invitación a renunciar a la creencia en la «superioridad moral» de la izquierda.⁹ Hay que advertir, sin embargo, que unas páginas más adelante se alude a la necesidad de «liderar la refundación moral de la economía de mercado»,¹⁰ por la izquierda, desde sus posiciones éticas, y luego, como no podía ser de otra manera, se critica con contundencia la corrupción en distintos lugares. Como tal petición de principio y tal crítica se formulan por personas ubicadas en «la margen izquierda», alguien podría tergiversar las intenciones para aludir a una contradicción o, peor, a una interesada fuga hacia adelante. Pero una lectura atenta nos revela una adecuada articulación entre los distintos niveles en la relación entre ética y política, siendo esencial comprender, de entrada, que determinadas críticas *deben* ser formuladas por cualquier *demócrata* y que el hecho que *aquí* se formulen desde la izquierda, nos está avisando de algunas cuestiones fácticas relacionadas, de nuevo, con los mecanismos de reproducción del poder conservador.

En cualquier caso es evidente que la crisis y, en el marco de ella, la crisis del relato de la socialdemocracia, arroja nueva luz sobre las relaciones entre ética y política. El Estado social se autocontemplaba como superior en el terreno ético a cualquier otro sistema históricamente conocido, ya que la *buena vida* que proporcionaba era coherente con la *vida buena* aceptada como objetivo de cualquier política que sobrevivió en Europa occidental a la II Guerra Mundial. Todo ello se sintetizaba en la lógica misma de la expresión *bienestar*. Sin duda, en su seno afloraban disfunciones y dudas, como la implicación en proyectos imperialistas o neocoloniales, la destrucción medioambiental... Pero la estructura moral, en su conjunto, podía salvarse si se comparaba con cualquier otra sociedad y, muy especialmente, con las otras desarrolladas: la Europa social era más *humana* que la del aliado americano y, sobre todo, era superior al totalitario sistema soviético.

Esa superioridad moral podía conceptuarse como la base del *consenso principal* entre las fuerzas políticas esenciales en las últimas décadas. Pero el problema surgió cuando la desaparición del bloque soviético –aunque no solo este hecho– facilitó el despegue de proyectos neoliberales y cuando la superioridad

moral, silenciosa pero altivamente asumida, era puesta en tela de juicio por la globalización. En esa tesitura la socialdemocracia tendería a presentarse como moralmente superior, en cuanto que era quien mantenía vivo el proyecto de sociedad del bienestar.¹¹ Desde este punto de vista, la socialdemocracia –y otras organizaciones que están a su izquierda– pueden arrogarse un cierto continuismo en ese juego de superioridades constitutivas del consenso. Al fin y al cabo la socialdemocracia, originariamente, también fue un *proyecto moral* que, por ejemplo, defendía una austeridad «positiva» y unas formas de militancia que dotaban de sentido alternativo la vida de sus cuadros y de la mayoría de sus afiliados... lo más lejano de la funcionarización actual de los dirigentes. Pero dejando de lado estas críticas puntuales –y no por impertinentes– el problema de fondo es: ¿en realidad la socialdemocracia ha *actuado* de manera coherente con los principios que ha defendido? Si la respuesta es afirmativa no veo objeción a que se pueda permitir sentirse moralmente superior, ya que comparto principios –los que me llevan a *ser de izquierdas*– que reputo como superiores. Pero si no lo ha hecho no solo creeré que ha perdido su principal argumento de superioridad, sino que, en cierto modo, habrá entregado a la derecha una baza ética: la coherencia.

De este tema podríamos discutir durante mucho tiempo y, más que para moralistas o politólogos, la cuestión quedará en legado a los historiadores. Me parece que encontrar una respuesta definitiva es imposible porque, en todo caso, se *distraerá* a sí misma vagando por las ambigüedades de la abstracción si no la descendemos a la tierra de la política concreta.¹² Para entendernos: si hemos de atender a la lógica ética de la política española –y, de manera particular, en el caso valenciano– la afirmación primera del libro es meridianamente cierta, cuando los principales partidos han llegado a dos conclusiones básicas:

- Aceptar la inmoralidad implícita en ciertos hechos no es grave ni debe ser objeto de crítica siempre y cuando puede probarse (?) que *el otro* ha cometido el mismo acto en una *cantidad* superior: la célebre frase del «y tú más», aplicable a corrupciones varias, ejemplifica perfectamente esta invasión de la moral por lo cuantificable, por lo *mercadeable*.
- Es rentable generar una confusión entre la verdad que pueda establecerse a través de procedimientos de deliberación política fundados en principios morales y la verdad jurídica, la establecida en una sentencia y mediada por complejos procedimientos opacos y que introducen factores de desigualdad por los costes de la defensa.

Como puede observarse, lo que los partidos principales han hecho ha sido dejar de reflexionar sobre la pertinencia y límites de la autonomía de la política democrática respecto de la ética. Si por un lado es contradictorio con el proceso democrático invocar argumentos que provienen explícitamente del campo moral –y, en especial, del religioso– tampoco el relativismo puro y duro puede ser una

opción. De nuevo volvemos a encontrarnos aquí con la falta de decisión de la izquierda, y en especial de la izquierda socialdemócrata, para adoptar posiciones prácticas que rehúyan por igual el neopuritanismo que absorbe la autonomía de la política a favor de la autocomplacencia de los políticos y de aquella que acepte la penetrabilidad de la política por la moral *selectivamente*, según la materia o la circunstancia concreta.

Para *algunos* esto es un problema moral importante. Pero lo que es evidente es que para *todos* es un problema político esencial, relacionado con materias estratégicas y marcos conceptuales retóricos decisivos: ni más ni menos que a aquellos a los que la izquierda debe contar un posible nuevo relato. Y es que lo que está en tela de juicio radicalmente es el mismo significado del *bienestar*. Giddens, llevado por un optimismo característico, decía en 2006: «La noción de bienestar positivo implica un cambio de vida, sea resultado del esfuerzo individual o de la intervención de fuerzas externas. El “estilo de vida” no debería entenderse solamente en términos de consumo –el tipo de ideas que aparecen en las revistas de moda. Por el contrario, se refiere a los hábitos y orientaciones que la gente sigue en su vida cotidiana –y cómo éstos se relacionan con su sentido de la identidad, sus objetivos y aspiraciones. El estilo de vida es importante en las sociedades postmodernas por la *democratización de la vida cotidiana*. Muchas de las cosas que hacemos actualmente dependen de la *toma de una decisión*. Y no solo eso, además existe un nivel en el que estamos obligados a elegir entre opciones todos los días, decisiones que no están basadas en un contexto estable surgido de la costumbre o la tradición, sino que se basan en una información cambiante».¹³ Es difícil estar en contra de estas apreciaciones y, sin embargo, leídas ahora tienen un halo de fantasía digno de mejor causa: ni siquiera una de las personas con más información de Europa advirtió que la inminente crisis arrollaría ese discurso sobre la libre elección de estilo de vida, ni nos indica dónde y cómo la socialdemocracia gobernante en Europa democratizaba la vida cotidiana. Y es que muchos de los componentes comúnmente aceptados del *bienestar* han sido pasados por la criba de una frivolidad rampante, con el resultado de poderse convertir en recursos económicos de primera magnitud en el proceso de globalización, hasta el punto que de su reproducción dependen en gran medida el mantenimiento o la expansión de la *cartera de servicios* del Estado del bienestar. Pero suprimiendo de la ecuación al Estado, presunto garante de la igualdad, para trasladarlo a una ambigua «sociedad del bienestar», preñada de valores restrictivos e individualistas compatibles con el «esfuerzo individual» al que alude Giddens y que, desde luego, anula la esperanza de encontrar algún tipo de parámetro de validación de la moralidad de algunas políticas. Una moralidad de la igualdad, al fin y al cabo, es disfuncional al desarrollismo neocapitalista.

La crisis la ha provocado un modo de actuación del capitalismo que, por lo demás, era previsible. El capitalismo que, en cuanto que tiene que ver con el liberalismo, apareció como una ventaja moral, se nos presenta hoy con un

rostro descarnado, como un monstruo quizá amable, pero sin frenos.¹⁴ Por eso me parece positiva la alusión a la refundación moral de la economía de mercado... pero reconozco que tengo mis prevenciones. Por decirlo casi como una *boutade*: si supiera cómo puede acabarse con el capitalismo me declararí radicalmente anticapitalista. Pero no lo sé. Dicho de otra manera: una de nuestras únicas certidumbres es que sabemos que ignoramos cómo derrotar a nuestro antiguo enemigo, a *aquello* que hizo que nuestros antepasados políticos pusieran en funcionamiento unas maquinarias que aún nos ocupan. Por eso, al menos, tenemos que doblegarnos ante una *virtud*, la de la prudencia, que nos empuja a una *relativa* moderación y a concluir que *refundar* esa economía de mercado solo puede significar arbitrar límites, cartografiar sus fronteras de manera normativa, pues limitarnos a lo descriptivo es tarea inútil. Pero llegados aquí no creo que eso pase por hablar de *refundación moral*: prefiero pensar en una *refundación legal*, tanto porque conceptualmente se relaciona mejor con la acción política, como porque creo que la cuestión de esos límites, dada la voracidad capitalista, no es en ningún caso moral, sino simplemente utilitaria. Dicho de otra manera: se trata de fortalecer a las instituciones políticas con capacidad de legislar sobre –¿sería mejor decir *contra*?– el mercado porque cualquier límite moral que éste *accepte* será siempre provisional. Conseguir esto, precisamente esto, supone invertir la tendencia dominante. Pero esto no es una *revolución* –que sería *acabar con el capitalismo*–. Quizá le cuadre mejor un concepto que tomo de Cohn-Bendit, el de *radical-reformista*;¹⁵ y con ello abrimos las puertas a otros discursos, a otras intuiciones.

Circunstancialmente, en este momento –y probablemente para mucho tiempo– hay una cuestión conexas digna de mención: la de la *culpa* de la crisis y de sus principales efectos. Pienso que ninguna alternativa será posible, porque no se restablecerá ninguna confianza en los aparatos del Estado, si la ciudadanía no tiene claro quién asume la responsabilidad de lo sucedido, si el asunto sigue diluyéndose en «los mercados» o, lo que es peor, si se persevera en los discursos que tratan de extender esa culpa a la totalidad de la población. Esto no es una exigencia estrictamente política ni de izquierdas, sino, al menos en cierto sentido, *prepolítica*. La antropología nos ha mostrado que ninguna comunidad avanza si tras una gran catástrofe es incapaz de señalar a los culpables. Y todo ello con independencia de la posible levedad relativa del castigo o, incluso, de la impunidad que pudiera acordarse o, sencillamente, realizarse, porque el culpable está demasiado lejos de la capacidad punitiva del grupo humano agraviado –¿cómo castigamos a algunos dioses?–.

Pero la cuestión de la culpa es una cuestión moral, porque las políticas de presunta salida de la crisis no se ocupan de las víctimas, mientras que amnistían con extrema facilidad a los culpables¹⁶ y en algunos casos se les premia con nuevos cargos con recios emolumentos a los que suman la dignidad representativa del Estado. Ante esto la socialdemocracia ha sido incapaz de desarrollar un dis-

curso coherente e intelectualmente reconocible. No es extraño en Estados como España: ¿qué discurso puede practicar la socialdemocracia sobre esto si ha sido cómplice de la crisis y sus consecuencias? Eso no significa una acusación de «ser igual» que los conservadores, sino constatar errores políticos cometidos porque, precisamente, se eludieron cuestiones morales. Obsérvese que la justificación de la incapacidad del Gobierno de Rodríguez Zapatero para enfrentarse a la crisis se centró en dos premisas:

- La imprevisibilidad y globalidad de la misma; es decir, exactamente los mismos argumentos usados por la derecha, por lo que, en esta materia, el socialismo español renunció a esgrimir la moralidad posible de la limitación del capitalismo.
- La exaltación de los indudables avances en materia de derechos civiles gracias al PSOE, lo que es cierto e irrefutable y que, en algunos casos, tenían un contenido moral importante. Pero al actuar así parece que ciertas ventajas para grupos de población *justifican moralmente* la degradación o la discriminación de otros, lo que no solo es injusto para el propio PSOE sino sencillamente absurdo. Aún podríamos ampliar los elementos del debate: mientras que algunas posibles medidas anticrisis deberían marcar una divisoria entre izquierda y derecha para, entre otras cosas, recuperar la iniciativa moral de la izquierda, buena parte de las reformas en derechos civiles no son *necesariamente* constitutivas de las políticas de izquierdas, sino que obedecen a un liberalismo progresista de raíz republicana...¹⁷ Aunque haya que reconocer que en España, por el antiliberalismo histórico de las derechas y el influjo de la Iglesia, o es la izquierda quien promueve ciertas reformas o poco se hubiera avanzado.

Como vemos, sometida la cuestión al cedazo de la práctica reciente, la cuestión de la superioridad moral de la izquierda es más compleja que lo que parece plantearse en *Desde la margen izquierda*. Estando de acuerdo en algunos elementos constitutivos del discurso general, coincido también en la trivialización mezquina que algunos izquierdistas hacen de su presunta superioridad *en todo caso* y con independencia de las circunstancias,¹⁸ pero, sin embargo, me parece, también hay elementos para seguir defendiendo que es irrenunciable actuar *como si esa superioridad* pudiera re-construirse, operando, antes que como recurso de *marketing* hacia el elector, como un factor de exigencia interna para el militante y, en especial, para los dirigentes. Por otra parte, la ciudadanía percibe imperceptiblemente esta cuestión y por ello, quizá, se produce el efecto, tantas veces comentado, de perdonar los desvíos éticos a la derecha antes que a la izquierda. Finalmente: parece injusto extender algunos fenómenos imputables a la fuerza mayoritaria al conjunto de las izquierdas que –empezando por el País Valenciano–, en circunstancias muy difíciles, han apostado, precisamente, por ser referen-

tes éticos aunque ello les costara votos a corto y medio plazo. Por todo ello me parece que la cuestión no se puede plantear en los términos de que la izquierda *debe* renunciar a una superioridad moral. A mi modo de ver, para salvaguardar la *continuidad* entre ética y política, de raíz aristotélica, y, al mismo tiempo, para tratar de ser coherente con su identidad histórica, la izquierda *debe tratar* de restaurar una preponderancia moral hoy en almoneda. En cierto modo *cómo* hacer ese viaje en las nuevas circunstancias debería marcar buena parte de la agenda de la izquierda europea. O sea: se trata de resolver la aparente paradoja de que *lo más ético, es lo más político*, evitando interferencias y subordinaciones.

¿UN NUEVO RELATO? ¿PUEDE REFUNDARSE LA SOCIALDEMOCRACIA?

La clave de bóveda de las reflexiones precedentes, la cuestión esencial del libro que motiva estas reflexiones, repito, es la de la refundación de la socialdemocracia. Obsérvese que tal preocupación y tal deseo es, a la vez:

- hijo de la reflexión: la socialdemocracia *realmente existente* se ha ido volviendo inservible;
- fruto de la voluntad, pues presupone que algunas personas, los *socialdemócratas*, quieren reiniciar el mecanismo de acción política de acuerdo con parámetros suficientemente próximos a los anteriores como para merecer un nombre similar.

Desde luego hay otras culturas en la izquierda: las que no renuncian a su estirpe comunista y, por lo tanto, no acaban de extirpar de su imaginario un hecho más o menos puntual que trastoca las relaciones sociales –la revolución más o menos mitificada–; aquellas que, sin eludir otras aportaciones, prefieren una fundamento *comunitarista* e igualan el progreso al avance de una nación, etnia o cultura; y la cada vez más amplia familia de los *verdes*, que en la tradición española y valenciana se autorrepresentan como eco-socialistas, aunque no sea eludible que otros lugares de Europa se sientan vinculados a algunas tradiciones liberales. Por supuesto las combinaciones de estos elementos son muy amplias, en especial si atendemos a sus formulaciones teóricas, al *relato* que hacen de su propia historia, programa, formas de liderazgo y reclutamiento y manera de alcanzar el poder y mantenerse en él. No podemos detenernos en estas fórmulas, lo que no debe entenderse como menosprecio: una de las características de la crisis es la fragmentación de las izquierdas con el crecimiento de muchas de estas familias originariamente no-socialdemócratas. De hecho esta es una de las razones de la necesidad que algunos aprecian de refundar la socialdemocracia. Pero si no me detengo es por dos razones: por una evidente falta de espacio que aconseja prio-

rizar el eje conductor de la reflexión y, sobre todo, porque, por los motivos que inmediatamente expondré, la reflexión sobre la refundación y el relato renovado de la socialdemocracia en Europa no puede cerrarse a sus expresiones clásicas –los partidos socialistas– sino que solo tiene sentido si rompe con sus propias fronteras para referirse a una *refundación de las izquierdas*, admitiendo, de entrada y sin dolor, que esa pluralidad es consustancial a la existencia y supervivencia de unas izquierdas con futuro.

He repetido en alguna ocasión, no sin cierto provocador cinismo, que el *relato* de la socialdemocracia puede sintetizarse así: «Caperucita Roja iba por el bosque y se encontró al lobo. Caperucita le dijo: “¡Cómeme!” Y el lobo se la comió». En efecto: por las razones que sea es increíble la debilidad extrema mostrada por la socialdemocracia en Europa para resistir los embates del neocapitalismo. Y esta constatación me lleva a formular una precisión antes de intentar avanzar en un resumen de las causas del estropicio: la medida de la crisis radical del relato de la socialdemocracia no es ni puede ser, prioritariamente, la *cantidad* del poder político institucional que acumulan los partidos socialistas. De hecho hay buenas razones para creer que algunos triunfos socialistas –Blair, segundo mandato de Rodríguez Zapatero, Papandreu– están en la base misma del desmoronamiento del relato socialdemocracia porque, precisamente, su visibilidad gubernamental hizo que las contradicciones afloraran con más fuerza.¹⁹ Por supuesto hay tentativas más consistentes y razonables, que intentan otras vías de aproximación a la cuestión, sin rehuir, siquiera las inconsistencias conceptuales y fácticas en el periodo de la crisis. En esa línea, entre nosotros, se incluye el libro de Romero y Azagra²⁰ que, al fin y al cabo, en otros artículos, ya habían sugerido variables que aportan complejidad, como el papel de las ciudades y los territorios en el debate global/local y en la gobernabilidad o los propios límites intrínsecos en el futuro de una nueva socialdemocracia. En ese marco Romero llega a afirmar que no parece que la socialdemocracia europea tenga una agenda propia para el nuevo contexto y es en ese marco donde avanza ideas matrices y motrices que se convierten en hilos conductores de partes de *Desde la margen izquierda*, así: «A la derecha política le resulta más sencillo construir un relato para estos tiempos inciertos, pero la socialdemocracia ha de hacerlo sin dilación. Sabiendo además que en nuestras sociedades se ha desvanecido la supuesta superioridad moral de los discursos de la izquierda política. Entendiendo bien los cambios sociales y culturales y la fragmentación social que dificulta la construcción de nuevos relatos y que tienen muchas consecuencias para el futuro.²¹

Igualmente hay que advertir que, en los debates más habituales, los socialistas suelen recurrir a una explicación simplificadora: los problemas devienen por ausencia de liderazgo. No hay que minusvalorar la cuestión pero creo, más bien, que los déficits de liderazgo son un efecto, no una causa. Una variante de esta tendencia se centra en la manera de elección de los dirigentes, con fuertes presiones para que el mecanismo de las «Primarias» sirva para activar a la mili-

tancia y para, a la vez, renovar los vínculos de ésta con la sociedad civil, lo que parece loable y estimulante. Personalmente estoy de acuerdo con el sistema de «Primarias», pero no por el bien de la socialdemocracia, sino para una mejor vitalidad de la democracia en su conjunto... siempre que se asegure –a ser posible por ley– que serán justas, competitivas y transparentes. Sea como sea, la pulsión pro-primarias viene a mostrar, ante todo, que la militancia socialista, al menos en España, intuye que hay que buscar con urgencia un mecanismo que aminore el lastre gravísimo de unas divisiones internas que, a su vez, son origen y síntoma de la crisis interna que reclamaría la refundación.

De manera más seria y consistente –aunque no incompatible con lo que acabo de decir– otros dirigentes y algunos estudiosos y laboratorios de ideas han dedicado sus esfuerzos a la renovación programática, tanto en el nivel de la oferta electoral como ante los grandes cambios y preguntas motivadas por la globalización. La suerte, en este terreno, es diversa, pero sus intentos más serios tienen un denominador común: centrados en analizar la sostenibilidad del Estado del bienestar fueron, en general, incapaces de prever la inminencia de una crisis como la actual y, en cierto sentido, con su insistencia en la autolimitación del gasto público por la renuncia implícita al incremento de ingresos tributarios, prepararon para la derecha un arsenal de argumentos justificativos de las políticas restrictivas que ahora practican. Ello no priva de *razón* a algunos de estos análisis, que seguirán planteando preguntas válidas el día después de la crisis, pero sí que ponen de manifiesto, en su conjunto, los propios límites teóricos de la socialdemocracia. La prueba evidente, y a veces dramática de este hecho, es la creciente asintonía entre los modelos teóricos y las propuestas formuladas en la oposición, los programas electorales y lo realizado durante las etapas de Gobierno.

Después de todo esto, mi reflexión sobre la refundación de la socialdemocracia –en realidad, insisto, de la izquierda– puede formularse sintéticamente así: *quizá no sea posible una refundación* digna de tal nombre y este enunciado, a su vez, sería el relato esencial de la situación. Ahora bien, ello no clausura el debate ni, mucho menos, la historia de una línea principal del pensamiento político. Al revés: creo que es la única que la abre sobre bases sólidas, por la paradójica razón de que es la única que reexamina absolutamente todo el legado. Por otro lado no nos encontramos ante el primer ejemplo de algo como esto, ni mucho menos: sin remontarnos a épocas muy antiguas bástenos recordar el debate –a veces muy rico– sobre la refundación del comunismo desde, aproximadamente, 1968 para llegar a la conclusión, pasados unos 30 años, de que, sencillamente, las condiciones sociales, económicas y culturales habían cambiado tanto que *ninguna* refundación era posible, y que la caída del Muro, como símbolo máximo, no fue la causa de ello, sino su *prueba*. Ello no significa que no pervivan partidos comunistas, pero es más importante entender que de aquella, para muchos honestos militantes, durísima constatación, surgieron otras experiencias que hoy siguen siendo importantes: proyectos de amalgama de otras culturas de la izquierda,

expansión de los proyectos ecosocialistas, contribuciones a análisis y experiencias altermundistas, etc. En cualquier caso, aunque no se esté de acuerdo con la analogía con la experiencia final del comunismo –incluso si reducimos esta a su vertiente *eurocomunista*, democrática–, lo cierto es que me parece pertinente y útil *hacer el debate* partiendo desde la posibilidad extrema que planteo.²²

A mi modo de ver la imposibilidad de la refundación socialdemócrata se debe a tres razones principales, preexistentes a la crisis económica pero que *cristalizan* con ella:

1. Se ha repetido, desde diversas perspectivas y con distintos énfasis, que la socialdemocracia perdió buena parte de su razón de ser con el final del comunismo. La superioridad política –y moral– de los socialismos, en los países desarrollados, derivaba precisamente de su capacidad de promover bienestar y generar igualdad al tiempo que aseguraban libertad y defendían la democracia en nombre de la clase obrera.²³ Podemos apuntar algunas contradicciones pero me parece evidente que el principio general es absolutamente defendible. Por lo tanto ese *factor superioridad* en el campo de las izquierdas y, hasta cierto punto, en muchos países, en el conjunto de las fuerzas políticas –pensemos en los Estados nórdicos– decae con la misma desaparición del bloque comunista: ¿de quién hay que defender a Europa del totalitarismo? Ese *vacío de enemigo* se ha mostrado como radicalmente venenoso para la imagen socialdemócrata y más cuando confluye con momentos de declive de elementos configuradores de la cultura de clase obrera tradicional.²⁴ Otra agravante –y la *foto de las Azores* es solo el ejemplo visualmente más poderoso– son ciertas alianzas que pudieron haberse entendido anteriormente, pero que ahora se revelan como absurdas para cualquier proyecto de cohesión de un *pueblo de la izquierda*.

La existencia del comunismo totalitario fue un factor disuasorio para determinados grupos de poder económico –para la *clase dominante*– y una vez desaparecido, nada en las políticas y discursos socialdemócratas le sustituye.²⁵ El objetivo de la socialdemocracia no era, en sí, el bienestar –en eso se podía coincidir con otras líneas de pensamiento democrático–, sino la igualdad;²⁶ pero ahora bajo gobiernos socialdemócratas, antes ya de la crisis, se advierte un retroceso en la igualdad económica.²⁷ Lo cierto es que la socialdemocracia, tras el final del comunismo, se queda sin respuesta, también, a la pregunta de cómo va a compensar el temor que la fiera y tenaz promesa bolchevique auguraba. En realidad con su comportamiento responde a otra cosa: cómo adaptarse al capitalismo en sus nuevas condiciones, pero sin impugnar prácticamente nunca el fondo de las contradicciones emergentes.²⁸ Y acabo esta reflexión con una afirmación para que no haya confusión posible: ningún demócrata puede echar de menos, ni remotamente, los sistemas de inspiración soviética,²⁹ pero sí pueden echar

de menos la reciedumbre política y moral de los partidos socialdemócratas de otras épocas, incluyendo la que empleó para enfrentarse al bloque comunista...

2. La segunda razón puede describirse diciendo que la socialdemocracia, hasta cierto punto, ha *muerto de éxito*. Pese a las críticas que formulo –y no es la menor su complacencia con el crecimiento de la desigualdad– *metodológicamente* ninguna fuerza de izquierdas relevante propugna mecanismos de acceso al poder y de ejercicio del mismo radicalmente distintos de la socialdemocracia. Salvo algún exceso retórico para uso interno, no hay fuerzas políticas *revolucionarias* en Europa –e, incluso, en buena parte de América–: lo que se produce es una aceptación masiva de las vías democráticas y de la aceptación estricta de las normas del Estado democrático de Derecho. Por así decir: los restos comunistas –por lo habitual coaligados en una variopinta mezcla de opciones– y los verdes son socialdemócratas. Yo, con perdón, soy socialdemócrata... Y hasta algunos liberales o cristianodemócratas suscribirían esta socialdemocracia devaluada que comentamos. En ese marco conceptual: ¿cómo afirmar la diferencia?, ¿cómo impedir que factores de identidad no centrales hace un par de décadas sean ahora determinantes?, ¿cómo hacer pedagogía política desde estos supuestos?, ¿cómo distinguir entre el corazón de las propuestas y los meros énfasis puntuales, entre las apuestas estratégicas y la adopción de modas tácticas?

Lo expresaré de otra manera: refiriéndose a la actuación socialdemócrata en la instauración de las sociedades del bienestar tras la II Guerra Mundial, Judt ha afirmado que es «una intrigante paradoja que el capitalismo fuera salvado –de hecho, que prosperara durante las décadas siguientes– gracias a transformaciones que en su momento (y desde entonces) se identificaron con el socialismo. A su vez esto nos recuerda lo desesperadas que eran las circunstancias».³⁰ Digamos, pues, que la fuerza inercial de esa paradoja ha concluido y que las circunstancias actuales, aunque no tan desesperadas, podrían hacer también aconsejable iniciativas capaces de arrastrar al capitalismo en su sentido *de progreso*. Pero, sencillamente, nada nos permite imaginar, ni en los momentos de mayor optimismo, que esté sucediendo, o vaya a suceder nada parecido. Porque la socialdemocracia del momento tenía *proyecto e identidad*, no así la actual.

3. Si los factores anteriores podríamos achacarlos a un *desgaste histórico* o, dicho más pretenciosamente, a un agotamiento de su *ser en la Historia*, el último grupo de razones se derivaría de su *forma actual de estar en la Historia* que denota una *fatiga de materiales*. A alguno de esos aspectos ya me he referido, pero me detendré en la confusión –quizá inevitable– entre su esencia como partidos de gobierno y algunos de sus *derivados*. Trataré de mostrar cómo la socialdemocracia realmente existente se ha vuelto *intrans-*

parente,³¹ recreándose en reales y supuestos niveles de complejidad incomprendible para tramar una urdimbre de lejanía entre los aparatos políticos y el conjunto social.

No es preciso insistir en el carácter *atrapavotos* que han ido adquiriendo los grandes partidos en Europa, ni en sus causas ni en sus consecuencias, que han consistido, en todo caso, en un trasvase inacabable de lo ideológico a lo pragmático. La característica esencial de ello, a su vez, es el centrismo al que me referí y que se evidencia de manera paradójicamente radical en la incapacidad de los partidos socialdemócratas para autocalificarse de «izquierdas» si antes no incluyen la cláusula «centro». Ramoneda³² ha aludido con afortunada claridad a la situación: «el tópico dice que las sociedades europeas se gobiernan desde la centralidad. ¿Qué es la centralidad? Es una noción ideológica que consiste en convertir en extremo todo aquello que se aleja del espacio del consenso. Pero el consenso es dominación desde el momento en que no obedece a ningún pacto democrático explícito»: dónde esté el centro es algo que depende de la correlación de fuerzas y, en última instancia, de la agrupación hegemónica de ideas y organización. Como en este momento esa hegemonía se escora a la derecha, el centro ha virado mucho en esa dirección, por lo que su invocación suele acabar por convertirse en una justificación de políticas de derecha.

En todo caso ese centrismo podía mantenerse y ser rentable en términos electorales antes de la crisis, cuando el consenso *de los* Estados del bienestar ofrecía la pátina de *normalidad* tan deseada. El problema se produce cuando el consentimiento se rompe, cuando, precisamente, lo que se supone que aporta la socialdemocracia al consenso fundacional –la representación del mundo del trabajo– es derrotado con la aquiescencia silenciosa de la propia socialdemocracia. Hay que tener en cuenta que, en la práctica, la forma política en que el consenso se constituye y reproduce es a través del reforzamiento de sistemas bipartidistas que dejan fuera de la expectativa de gobierno a grupos subalternos que, en algunos momentos, sin embargo, pueden ser numéricamente amplios. Todo eso también se rompe con la crisis: a la incertidumbre vivida dramáticamente en algunos sitios o a la destrucción del mercado de trabajo y de los sistemas fiables de servicios públicos, le sigue una cierta pérdida del miedo en determinados segmentos a la «radicalidad», lo que se evidencia en la emergencia de movimientos sociales que impugnan el mismo hecho de las virtudes del bipartidismo: la estabilidad se aprecia, por una buena parte de la ciudadanía, como un mecanismo de control social puesto al servicio del capitalismo financiero. No es extraño, pues, que el recurso habitual de los partidos socialistas a limitarse a criticar puntualmente a los adversarios conservadores o liberales no sirva de mucho cuando lo que se está gestando es una fragmentación importante de la izquierda. Es más: el electorado socialista sufre una doble hemorragia: la de los votos que se dirigen en busca

de una izquierda creíble y aquellos que se encaminan en busca de la derecha, algo propio de masas educadas políticamente en un bipartidismo que impide imaginar otras alternativas. Aunque, desde luego, hay una opción peor, también emergente: el desvío de votos a grupos populistas, xenófobos o neofascistas.

Por otra parte estamos asistiendo en España a la emergencia de izquierdas a las que, por comodidad, se les denomina como «nacionalistas» sin que, en muchos casos, sea esa la característica que les hace crecer –aunque no pueda ignorarse la existencia de elementos basados en la defensa de la identidad–. Más bien, me parece, nos encontramos con una forma de crítica activa a las formas de funcionamiento de los socialistas: frente a un *gran aparato*, lejano, a veces complaciente con los fenómenos de corrupción, pendiente siempre de posibles pactos –externos e internos– y esencialmente *ilegible* para segmentos de jóvenes votantes, esas nuevas izquierdas –aunque a veces tengan una amplia *prehistoria*– tienen como característica esencial la *proximidad*, la flexibilidad y la creatividad. Todo ello les permite cooperar/competir –según las circunstancias– con otras organizaciones de izquierda, converger con expresiones del movimiento verde, etc. Si todo ello cuajara en algún tipo de alianza o federación el panorama cambiaría de manera importante. Pero eso parece estar lejos y esta izquierda, eficaz en los ámbitos local o regional, puede revelarse como muy limitada en el ámbito estatal y, por supuesto, en el europeo. Sea como sea, empezamos a encontrar situaciones en las que la suma del voto de la izquierda no socialista tradicional y estas nuevas expresiones es superior a las del PSOE, lo que abre posibilidades contradictorias intelectualmente sugerentes.

Todo este conjunto de situaciones rebasa el problema del programa para los socialdemócratas o, mejor dicho, lo *atraviesa* con la más triste de las desconfianzas, que se instala en la misma incomodidad de la militancia. Si tuviera que elegir un solo ejemplo sería –siquiera fuera por deformación profesional– la reforma acelerada y absurda del artículo 135 de la Constitución española,³³ que consagra en la Carta Magna la prioridad de los poderes financieros sobre la ciudadanía, aniquilando la lógica del Estado social y destruyendo de paso la mitología del consenso constitucional.³⁴ Más allá de profundizar en su análisis me basta con una sencilla constatación: si un gobierno del PSOE fue capaz de promover esa reforma ante el silencio resignado de sus dirigentes y afiliados, no acabo de entender qué puede significar la socialdemocracia. Que la reforma la hiciera un Gobierno que poco antes aseguró que bajar impuestos era de izquierdas o que negó la crisis misma, es algo bastante más grave que cometer errores tácticos o, incluso, que la práctica del oportunismo contra los humildes. Que se quiera hacer pasar todo ello como muestra de responsabilidad porque el PP agrava las cosas solo consigue sumar una sensación de impotencia, de recurso al miedo, impropia de cualquier opción que se denomine de izquierdas. La dimisión hubiera sido mucho más decente. Pero inimaginable desde las lógicas expuestas. Ese es el drama, porque nos conduce a sustituir la pregunta sobre qué límites

puede poner la socialdemocracia al capitalismo por la de qué límites es capaz el capitalismo de poner a los socialdemócratas. La respuesta no es muy halagüeña.

Por todo ello creo que el mayor problema de la socialdemocracia es la *pérdida de finalidad*. Marc Augé ha indicado que «lo que ha desaparecido del lenguaje político, lo que ya no es objeto de ninguna propuesta ni ningún comentario, es la cuestión de los fines, las finalidades, y esta desaparición, esta ausencia, está en la raíz del ‘desconcierto actual’, en la medida en que cuando se nos invita [únicamente] a vivir el presente, experimentamos su carácter ‘abatido’, opresivo, cerrado».³⁵ Y si esto es generalizable como crítica al conjunto de las fuerzas políticas principales, se vuelve dramático para cualquier expresión de la izquierda: tener y re-conocer fines a los actos políticos debería ser una frontera infranqueable entre la izquierda y la derecha. Ésta, aunque use signos postmodernos, tiene como seña de identidad mantener unas tradiciones, unas relaciones dominantes. La izquierda debe saberse en la historia para cambiarla. ¿Y cuál es, en ese marco, la finalidad de la socialdemocracia? En definitiva el problema no se agota en la crisis de propuestas, sino en la autodestrucción de una cultura propia. La socialdemocracia, en lo político, ha operado en unos marcos heredados de la Guerra Fría que ha metabolizado hasta tal punto que no es capaz de criticarlos en una nueva etapa: la satisfacción por el bipartidismo excluyente, el temor atávico y el desprecio a otras formaciones de izquierda, una visión estrecha de la estabilidad y la gobernabilidad y, en definitiva, una tendencia a concebir la política como asunto de élites en lugar de asunto de masas... Y cuando las masas regresan le dan miedo: lo que es la definitiva contradicción.

Fontana, en los párrafos finales de su monumental *Por el bien del Imperio*, analiza algunas de las principales discordancias provocadas por el capitalismo globalizado y advierte: «Este es el mundo que ha creado el capitalismo realmente existente, una vez ha conseguido librarse de la amenaza del socialismo realmente existente y, a la vez, de las fuerzas que se le resistían en el interior de su propia sociedad, a las que ha conseguido controlar hasta hacerlas inofensivas. Pero en la hora misma de esta victoria parecen resurgir unas nuevas contestaciones, incipientes y poco organizadas por el momento, que representan una inesperada amenaza al poder de la ‘jerarquía global existente’» y comenta los avisos que los dirigentes del «mundo rico» –más que «libre», matiza– tenían sobre ello. Y el último párrafo del texto se dedica a indicar que, a diferencia de 1968, el actual sistema es incapaz de integrar a los participantes en muchas protestas populares, que se asemejarían más a los trabajadores de 1848: «los jóvenes de esta nueva revuelta tienen muy poco que perder y un mundo que ganar. El futuro está en sus manos».³⁶ Nos parezca optimista, o no, este análisis, no cabe duda de que, en él, la socialdemocracia es la gran ausente... como no sea parte de esos líderes avisados incapaces de hacer nada para evitar la llegada de un nuevo ciclo de demandas coherente con una crisis clamorosa. Quizá sea que, como preconiza Josep Ramoneda,³⁷ un eje de la acción política de la izquierda, tanto moral como económica, debe ser el ataque a la «nor-

malización del cinismo» que no puede quedarse «en la simple defensa del Estado del bienestar»: hay seres humanos en los partidos políticos que esperan que las aburridas disputas por el poder a corto plazo sean sustituidas por relatos que hablen de «la aventura de la libertad». Ya sé que es muy fácil escarnecer esta *poética* de la afiliación, pero quizá no sea considerada tan ridícula si atendemos a los resultados anteriores, guiados por brazos de madera y cerebros rutinarios y si esa libertad la consideramos, ante todo, como la posibilidad orgánica de que la imaginación, tan pregonada como valor rentable, sea un valor en alza en el seno de la izquierda.

A MODO DE CONCLUSIÓN

En realidad no cabe ninguna conclusión.

Soy consciente de que necesitaría más tiempo para desarrollar estas ideas y que aquí las dejo solo, casi, como provocación. Porque quizá solo desde la provocación se puede incidir en un debate tan complejo. Personalmente preferiría que, antes que hablar de refundación, se hiciera de transformación, que se pensara en términos de otra realidad que *trascendiera* a la socialdemocracia realmente existente, es decir, que no fuera entendida como negación, como la aniquilación de su experiencia histórica, sino como su integración en un campo de referencias, tensiones y alternativas más amplio, más complejo, como más complejas son las formas de dominación. Pero también sé que eso es más fácil decirlo que hacerlo.

Quizá una buena forma de empezar sería aludir sistemáticamente a transformaciones en el conjunto de la izquierda, siquiera sea porque las *otras izquierdas*, que pueden –en parte erróneamente– sentirse felices por el debilitamiento de la socialdemocracia, se van a ver también profundamente alteradas por lo que suceda en el territorio socialdemócrata: al fin y al cabo llevan años gravitando en torno a los grandes partidos socialistas. Pero ese mismo hecho significa poner en el corazón del debate la cuestión del pluralismo en el seno de la izquierda, pero no para ser vivido como *un mal*, ni reducido al estrecho análisis de resultados electorales. A su vez, esta misma renuncia al sectarismo debería suponer, al menos, dos cosas: comprender que la izquierda no se agota en los aparatos políticos y que debe ser reexaminada incluyendo el nuevo papel de sindicatos y de renacidos movimientos sociales y que buscar nuevas vías para la continuidad entre ética y política es algo inaplazable, porque es una cuestión incrustada en la misma apreciación de la crisis. Todo eso, a su vez, debería propiciar nuevas vías para el análisis intelectual de los problemas aludidos, lo que, más allá de cursos sobre técnicas de imagen, obliga a los cuadros políticos de las izquierdas a un esfuerzo de congruencia, a una cierto compromiso con la verdad como un *a priori* moral respetuoso con la autonomía de lo político. Quizá así se alcanzara un último objetivo: recuperar una *dotación de sentido* para la militancia que vaya más allá de *un sentirse mejor* que siendo de derechas.

Y hasta aquí estas reflexiones que me ha suscitado el libro. A mí, como puede comprobarse, ya me ha servido. En él, de diversa manera, está el germen del hilo conductor de mis pensamientos. No digo, ni mucho menos, que entre éstos y sus páginas haya coincidencias absolutas. Es más: estoy casi seguro de que sus autores rechazarán parte de mis aseveraciones. Y todavía estoy más seguro que esas reconvenções harán que matice mis opiniones y, en todo caso, permitirán mantener abierto el debate, que es lo principal. Al fin y al cabo, además de reconocerles la cualidad *cálida* de amigos, les otorgo, gustoso, la *fría* de maestros.

Por otra parte mucho me dejó sin comentar, en especial de aquellos asuntos que conciernen directamente a la política valenciana: me ampararé en la dinámica del libro que motiva este artículo para disculparme por las numerosas fluctuaciones que hay en sus páginas, por los reenvíos de lo valenciano a lo español, de lo español a lo europeo y de lo europeo a lo global. Lo que en mi es falta de destreza, en Romero y Azagra es manifestación de conocimiento y de mayor habilidad para interrelacionar aspectos que pueden parecer, en los avatares de lo cotidiano, realidades sueltas, lejanas. Es de desear que políticos, académicos, periodistas y buenos ciudadanos visiten sus páginas. *Desde la margen izquierda* no puede ser más oportuno: en una época en la que nos vence la desorientación, pero en la que, al mismo tiempo, parece que despertamos de una larga somnolencia, sirve de revulsivo, de desafío a las conciencias. El su anterior obra afirmaban: «en la cruïlla actual, no apareix amb nitidesa la majoria social que podria donar resposta als reptes presents ni les propostes polítiques que la podrien aglutinar».³⁸ Sin embargo, ahora, de manera quizá confusa, sin una nitidez de vidrio, pero con una praxis extensa y cada vez más sólida, sí que hay razones para la esperanza. Y eso, también, se lo debemos al esfuerzo intelectual, al magisterio moral de sus autores. Seguro que muchos lo olvidan, por ignorancia o por envidia: no seré yo uno de ellos.

NOTAS

1. AZAGRA, J. y ROMERO, J., *Desde la margen izquierda*, PUV, València, 2012.
2. AZAGRA, J. y ROMERO, J., *País perplex. Canvi social i polítiques públiques en la societat valenciana (1977-2006)*, PUV, València, 2007
3. ALCARAZ RAMOS, M., *Paradoxes de la política valenciana en un temps de crisi*, IEC, en prensa.
4. Afortunadamente, en los últimos años, podemos citar varios libros –aparte de numerosos artículos publicados en *L'Espill*, *Pasajes de pensamiento contemporáneo* o *Nexe*– que se han ocupado de aspectos políticos concretos –esto es: no ideológicos o meramente históricos– de nuestra realidad. Al menos, creo, cabe citar –aparte de los dos mencionados de Azagra y Romero–: BOIRA, J.V. *Valencia, la tormenta perfecta*, RBA, Barcelona, 2012; NAREDO, J.M. y MONTIEL MÁRQUEZ, A., *El modelo inmobiliario español y su culminación en el caso valenciano*, Icaria, Barcelona 2011, PIQUERAS, J.A., MARTÍNEZ, F.A., LAGUNA, A. y ALAMINOS, A., *El secuestro de la democracia. Corrupción y dominación política en la España actual*. Akal, Madrid, 2011; FLOR, V. *Noves glòries a Espanya. Anticatalanisme i identitat valenciana*, Ed. Afers, Catarroja-Barcelona, 2011. Y, si se me permite la inmodestia: ALCARAZ RAMOS, M. *De l'èxit a la crisi. Pamflet sobre política valenciana*, PUV, València, 2009.
5. AZAGRA, J. y ROMERO, J., *País perplex. Canvi social i polítiques públiques en la societat valenciana (1977-2006)*, p. 51.
6. AZAGRA, J. y ROMERO, J. *Desde la margen izquierda*, p. 62.
7. Ver, en especial, la publicada por *El País*, el 9 de octubre de 2012.

8. En especial: AZAGRA, J. y ROMERO, J., Op.cit. p. 146 y ss.
9. Idem, p. 161.
10. Idem, p. 168 y ss.
11. Soslayamos una cuestión que, sin embargo, es de gran interés: los mecanismos de medición de ese bienestar. A respecto, ver la crítica a los sistemas estandarizados de indicadores de riqueza en: VIVERET, P. –EQUIPO PROMOCIONS, *Reconsiderar la riqueza y el empleo. Inserción sociolaboral y ciudadanía*, Icaria, Barcelona, 2009, p. 21 y ss. Por otra parte, frente a la falacia de la generalización del empleo –salvo momentos y lugares específicos– y de la satisfacción social, Judt ya advertía antes de la crisis de las inmensas bolsas de exclusión en Europa que estaban dejándose pasar desapercibidas. JUDT, T., *Sobre el olvidado siglo XX*, Taurus, Madrid, 2008, pp. 395 y ss.
12. He tratado de concretar alguna reflexión sobre estas cuestiones en: ALCARAZ RAMOS, M. «Les cares de la corrupció. Dret, ètica i responsabilitat política». En: *L'Espill*, segona època, n° 36, València, hivern 2010.
13. GIDDENS, A., «El debate sobre el modelo social: consideraciones y sugerencias». En: DIAMOND, P., LIDDLE, R., FERRERA, M., PALME, J., RODRÍGUES, M.J., SOETE, L. TSOUKALIS, L., WEIL, P. y GIDDENS, A., *Un modelo social para Europa. La Agenda de Hampton Court*, PUV, València, 2008, pp. 144 y 145.
14. Una obra que sintetiza muy bien el debate sobre las relaciones entre moral y capitalismo es: GINER, S., *El futuro del capitalismo*, Península, Barcelona, 2010, p. 77 y ss.
15. COHN-BENDIT, D., *¿Qué hacer? Pequeño tratado de imaginación política*, RBA, Barcelona, 2010, p. 9.
16. ROMERO, J. «La minoría silenciosa». En: *El País*, 7-12-2012, p. 21.
17. En una entrevista, al final de su primer mandato, Rodríguez Zapatero presumía: «el PSOE se adscribió al liberalismo progresista e igualitario, que no al neoliberalismo, en los ochenta, una década antes que el laborismo británico» y reenvía como fuentes de las reflexiones a Rawls y, en especial, a *Republicanismo* de Pettit. En realidad hay que ser muy crédulos para imaginar que el conjunto del PSOE reflexionó sobre los escritos de estos dos teóricos, pero, al menos, la última alusión estaba justificada, ya que la entrevista la realizaba el propio Pettit en una obra que, leída hoy, si no causa sonrojo por su descaro propagandístico, es de interés para entender cómo enfocaba el PSOE el segundo mandato de Rodríguez Zapatero. PETTIT, P., *Examen a Zapatero. Balance del gobierno socialista*, Temas de hoy, Madrid, 2008, p. 93. Recordemos que, además de esta entrevista, el librito repasaba las diversas políticas emprendidas en los años anteriores y el autor, como pontífice *republicanista*, las califica con buena notas. Y, hay que reconocer que, desde su punto de vista, que en casi ningún momento se preocupa por la situación o políticas económicas, no le faltaba razón.
18. Me parece interesante, como ejemplo de esa trivialización de la superioridad moral, este inteligente retrato que hace Jordi Pujol de algunas actitudes tras su primera victoria en la Generalitat de Cataluña: «Les esquerres es consideraven propietàries de la modernitat, de la intel·ligència, del bon gust, de la sensibilitat i, com sempre, de la superioritat moral. Van considerar un error, una badada, una estafa de la Història el triomf d'una força política als seus ulls petit-burguesa, botiguera, conservadora, catalanista, nacionalista, localista i mediocre. Com que érem contra natura, no podríem durar al govern. Seríem un parèntesi, un malson». PUJOL, J., *Memories. Història d'una convicció (1930-1980)*, Ed, Proa, Barcelona, 2008, pp. 371 y 372. Incidentalmente: obsérvese la coincidencia en la descripción de la reacción de las izquierdas catalanas con la de las izquierdas valencianas tras el primer triunfo del PP en la Comunidad Valenciana: una afirmación banal de superioridad moral e intelectual puede ser un perfecto regalo al oponente...
19. Una referencia que va más allá de lo anecdótico: uno de los esfuerzos más serios por examinar tendencias y apuntar cambios, en el ámbito socialdemócrata, fue la llamada Agenda de Hampton Court, fruto de un encuentro celebrado en 2006 y convocado por el prestigioso *think tank* «Policy Network», concebido como una «Red de Gobernanza Progresista». En los textos allí presentados no hay ni uno solo en que se aluda como cuestión central a la inminencia de una crisis global, ni a las circunstancias –presentes ya en aquel momento– que acabarían por hacerlas estallar. No es extraño que el tono de los trabajos –a veces muy elevado– sea esencialmente tan descriptivo como acrítico, buscando más cómo *adaptarse* a los nuevos requerimientos del capitalismo rampante tras el Tratado de Lisboa que buscando alternativas de progreso, salvo, quizá, en temas como la inmigración. DIAMOND, P., LIDDLE, R., FERRERA, M., PALME, J., RODRÍGUES, M.J., SOETE, L. TSOUKALIS, L., WEIL, P. y GIDDENS, A., op.cit. Curiosamente –o no– uno de los textos más comprometidos de la edición en castellano es el Prólogo de Joan Romero, donde aboga con nitidez por «la esfera pública [que] es la única que puede garantizar la igualdad de oportunidades, la cohesión social y el mantenimiento de derechos básicos de ciudadanía», al tiempo que advertía que el edificio del Estado social en España aún era demasiado débil en comparación con otros de la UE, (pp. 15 y 16). Algo parecido puede decirse de otra recopilación de artículos originariamente fruto de seminarios de «Policy Network»: GIDDENS, A., DIAMOND, P. y LIDDLE, R. (Eds.), *Europa Global, Europa*

- social*, PUV, València, 2009. El prologoista, de nuevo Romero, afirma que, pese a publicarse con la crisis desatada, la validez de los textos sigue siendo defendible (p. 19): creo que tiene razón en parte, pues muchos, hecha la crítica desde su mismo objetivo y sobre su contenido, son muy interesantes. Pero, por otra parte, en conjunto, nos vuelven a ofrecer la imagen de que lo más granado de la intelectualidad socialdemócrata europea ignoraba –o era insensible– al vendaval que se avecinaba, aunque –era un avance–, la Introducción de los editores incluía de manera destacada, como objetivo del volumen la investigación sobre la «justicia social» en Europa, (p. 33).
20. ROMERO, J., «¿Quiere Europa ocuparse del futuro de su modelo socioeconómico?». AZAGRA, J., «De pertinente lectura, de conveniente crítica (AAVV, Un modelo social para Europa y AAVV, Europa global, Europa social)». Ambos en: *Pasajes de pensamiento contemporáneo*, nº35, PUV, València, primavera 2011.
 21. ROMERO, J., *Idem*, p. 23.
 22. Pienso que, en algún momento, los historiadores fijarán el inicio del debate sobre el nuevo relato socialdemócrata... con la caída del Muro.
 23. Simone, de manera harto ácida, se refiere así al olvido de la clase obrera como una de las razones del declive socialdemócrata: «uno de los aspectos trágicos de la situación actual de la izquierda es que ya no queda nadie que interprete, elabore y cree consensos en torno a los intereses y a las exigencias de la clase obrera. Y es comprensible: con los tiempos que corren, ¿a quién le apetece realmente ocuparse de una categoría «impresentable» e «inquietante», teniendo en cuenta que el objetivo principal de la izquierda, a día de hoy, es no dar miedo a nadie? En suma, la izquierda parece haberse librado del problema (...): no porque lo haya resuelto, sino porque prefiere mantenerlo en silencio. Si alguien apelara seriamente a la lucha de clases correría el riesgo de despertar el fantasma del 'comunismo' y de crear oleadas de miedo o de impopularidad. Hoy, ni siquiera la Internacional Socialista es ya un agregado inquieto de partidos populares, sino una educada asamblea de partidos de la mediana burguesía que se dedican a la concertación». SIMONE, R., *El monstruo amable. ¿El mundo se vuelve de derechas?*, Taurus, Madrid, 2011, pp. 103 y 104.
 24. Es obvio que, por falta de espacio, no hablamos de los sindicatos, una pieza a veces clave en todo el análisis.
 25. Alguien tan poco sospechoso como Hobsbawm ha escrito que los Estados del bloque soviético «se han derrumbado completamente, dejando tras de sí un paisaje de ruina económica y moral, de tal manera que ahora resulta evidente que el fracaso formaba parte de esa empresa desde un principio». Y reconoce que muchos «viejos comunistas y la izquierda en general» solo esperaban de la URSS en los años 80 «que sirviera de contrapeso a Estados Unidos y que con su sola existencia asustara a los ricos y a los dirigentes mundiales de modo que se enteraran de las necesidades de los pobres», por lo que, recuerda, en 1990 pensaba que «El capitalismo y los ricos han dejado, de momento, de ser sagrados» y pronosticó la erosión del Estado del bienestar por ese mismo hecho. HOBBSAWM, E., *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*, Crítica, Barcelona, 2002, pp. 126, 258 y 259. Un análisis más pormenorizado sobre los cambios y continuidades tras la desaparición del bloque soviético en: HOBBSAWM, E., *Historia del siglo XX. 1914-1991*, Crítica, Barcelona, 2011, pp. 567 y ss.
 26. De vez en cuando conviene recordar los principios: «socialdemocracia» significaba «originalmente la superación de las clases, del mercado y de la propiedad privada de los medios de producción, perseguidas por los primeros movimientos socialistas a través de la adopción instrumental de métodos políticos de la democracia liberal o burguesa. Solo en el siglo XX, por oposición al socialismo real o a las democracias populares comunistas (...), la adopción de método democrático se convierte para socialistas o socialdemócratas en una aceptación de principio, diferenciándoles así definitivamente de los comunistas». Y el proceso no fue sencillo: aunque Bernstein, Kelsen o Bobbio ya hubieran criticado *per se* las desdichas del totalitarismo soviético, habrá que esperar, desde varios puntos de vista, hasta el Congreso del SPD en Bad Godesberg (1959) para la renuncia explícita a los principios de lucha por la igualdad en una sociedad sin clases. BARBERIS, M., *Ética para juristas*, Trotta, Madrid, 2008, pp. 68 y 69. Incluye una selección breve pero interesante de la bibliografía de los autores citados.
 27. Ver, por ejemplo, para el caso español: ORTEGA, A. y PASCUAL-RAMSAY, A., *¿Qué nos ha pasado? El fallo de un país*, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, Barcelona, 2012, pp. 126 y ss.
 28. «Críticábamos el Nuevo Laborismo no porque hubiera aceptado las realidades que comporta el hecho de vivir en una sociedad capitalista, sino por aceptar demasiados presupuestos ideológicos de la teología económica del mercado libre dominante. Entre otros el presupuesto que destruye los cimientos de todos los movimientos políticos que preconizan las mejoras de vida del pueblo, y de paso por tanto la justificación de los Gobiernos laboristas, a saber, aquel según el cual la gestión eficaz de los asuntos sociales solo puede conseguirse mediante la búsqueda del beneficio

- personal, esto es, a través de la conducta del empresario. De hecho la crítica del neoliberalismo era tanto más necesaria por cuanto no solo apelaba a los empresarios y a los Gobiernos que deseaban acabar con las sospechas que tradicionalmente despertaba en ellos el laborismo, y necesitaba una justificación para apelar a los 'votantes veleidosos' de clase media, sino también porque el neoliberalismo afirmaba contar con la autoridad de una 'ciencia' identificada cada vez más con los intereses del capitalismo global, a saber, la economía» (el «consenso de Washington»). HOBBSAWM, E., *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*, pp. 256 y 257.
29. Lógicamente, dejaremos de lado aquí el caso chino.
 30. JUDT, T., *Algo va mal*, Taurus, Madrid, 2010, p. 55.
 31. INNERARITY, D., *La Sociedad Invisible*, Espasa, Madrid, 2004, pp. 14 y 66.
 32. RAMONEDA, J., *La izquierda necesaria. Contra el autoritarismo posdemocrático*, RBA, Barcelona, 2012. p. 133. La cita sigue así: «...es el resultado de una hegemonía que pretende utilizar la crisis para destruir el modelo social europeo, con la legitimación de los expertos y con el uso del populismo como instrumento para atemorizar y contener a la ciudadanía. La izquierda debe detectar los problemas y darles respuesta propia. Puede que superar el síndrome de Estocolmo respecto a la derecha retrase el acceso al poder. Pero ¿qué sentido tiene gobernar sin tener el apoyo de la ciudadanía para hacer las cosas de otra manera?».
 33. Una narración de los hechos que justificaron (?) la reforma, explicada por asesores de La Moncloa con más vergüenza que entusiasmo en: ORTEGA, A. y PASCUAL-RAMSAY, A., *Op.cit.*, p. 76 y ss.
 34. Aunque sin referirse directamente a esta reforma, es de interés alguna reflexión de Vitale cuando indica que los efectos de la crisis está provocando una auténtica «regresión al estado de naturaleza» caracterizado por la marginalización de la política y la desestructuración del control del mercado, lo que aparece relacionado con la quiebra de la separación constitucional entre el poder del mercado y otras esferas públicas, lo que justificaría acciones de «resistencia». Aunque la referencia se haga respecto de Italia es perfectamente asumible para el caso español. VITALE, A., *Defendese del poder. Por una resistencia constitucional.*, Trotta, Madrid, 2012, pp. 86, 74 y ss.
 35. AUGÉ, M., ¿Por qué vivimos? Por una antropología de los fines, Gedisa, Barcelona, 2004, p. 171.
 36. FONTANA, J., *Por el bien del Imperio. Una historia del mundo desde 1945*, Eds. De Pasado y Presente, Barcelona, 2011, p. 974 y ss.
 37. RAMONEDA, J., *op.cit.*, pp. 170 y 93.
 38. AZAGRA, J. y ROMERO, J., *País perplex. Canvi social i polítiques públiques en la societat valenciana (1977-2006)*, p. 50.

.....
 MANUEL ALCARAZ RAMOS es profesor de Derecho Constitucional en la Universitat d'Alacant. Autor, entre otros, de *De l'èxit a la crisi* (PUV, 2009).